

A ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Querido Antonio: en estas mismas páginas (LA RAZÓN 15/5/2000) me propones discutir mis tesis sobre el Estado, centradas en mi «original creencia de que el Estado Nacional está en proceso de desaparición». Acepto la deferencia e intentaré aclarar mis ideas confrontándolas con las tuyas en la medida que pueda. Pero quisiera empezar por algunas precisiones sobre mis supuestas tesis: nada tienen que ver con el viejo y respetable ideal anarquista, una utopía, pues, tal como es la naturaleza humana o, más en general, tal como son las cosas, la existencia del gobierno no sólo es inevitable sino necesaria. Por lo menos hasta ahora, aunque creo que lo será siempre. Por eso, *el problema político fundamental ha sido, es y será el del buen gobierno*. En cuanto a la desaparición del Estado-Nación es una idea muy en boga, que puede ser discutible mas no arbitraria; puesto que se apoya en hechos, lo único discutible es la interpretación o el alcance que se les dé a los hechos.

Pero hay muchas más cosas en tu artículo como la distinción entre político y política, los síntomas de la desaparición del Estado, la naturaleza del Estado en sí y la del Estado de Partidos en que ha devenido, la importante diferencia entre sociedad política y sociedad civil, lo que está pasando con lo público y sus consecuencias, el grave asunto del consenso y sus implicaciones, etcétera. Son temas sustantivos que la ciencia política vigente da por resueltos, menciona de pasada o simplemente los ignora. Abordarlos en escasas líneas tiene el doble riesgo, al tratarse de materia histórica, de no hacer las matizaciones pertinentes o, por el contrario, el de resaltar excesivamente el detalle. Pero merece la pena intentarlo.

Hoy sólo me permitiré alguna otra precisión en torno al Estado, pues, aunque es bien conocida y se repite continuamente, también se olvida demasiado al tratar de estas cosas. Me refiero al hecho de que el Estado no es eterno, lo que implica que puede morir. La palabra Estado sólo empezó a utilizarse en el sentido actual hace relativamente poco tiempo, unos seis siglos, para nombrar la nueva forma de lo político que estaba apareciendo entonces, primero en las ciudades del centro y el norte de Italia y, más tarde, divulgada por Maquiavelo, de la mano de las viejas monarquías medievales europeas, para designar el artefacto calculado para aumentar su poder, es decir, de momento, para combatir los innumerables poderes sociales de toda laya y centralizarlos. En rigor, sólo se puede hablar del Estado como *gran unidad territorial* a partir del siglo XVI.

La palabra Nación empezó también a difundirse en el mismo mundo de conceptos nominalistas del siglo XIV y sólo a finales del siglo XVIII, con la revolución francesa, adquirió su significación actual, al sustituir la Nación al monarca como titular colectivo, impersonal de la soberanía. Concepto este último, el de soberanía, al que están íntimamente ligados tanto el de Estado como el de Nación. En suma, ambos conceptos son históricos, prácticos, estando, por tanto, sometidos al paso del tiempo y al envejecimiento;



aunque pudieran ser unos «cones» eternos, como los que buscaba Eugenio d'Ors a fin de categorizar el conocimiento histórico mediante el uso de conceptos universales en el tiempo y en el espacio.

En este sentido, puede decirse que el Estado sólo es eterno desde el punto de vista posible de una tipología general de las formas políticas (doctrina esta última, la de las formas políticas, prácticamente abandonada por la ciencia política). Hasta ahora, es decir, según la experiencia histórica, todas las formas políticas conocidas se reducen a tres tipos de formas «naturales» y uno «artificial». Aquellas son la Ciudad, el Reino y el Imperio; esta última es, justamente, el Estado. De la Nación no se puede decir por ahora que constituya por sí sola una forma política; simplemente hay que contar con ella en relación con el Estado. Sin embargo, podría ocurrir que, en el caso de desaparecer el Estado, se configurara la Nación a solas como nueva forma política de lo Político. Pero esto pertenece a los futuribles que, según algunos teólogos, ni siquiera Dios puede conocerlos.

Dalmacio NEGRO

AL PRADO EN BARCA

El pasado jueves 18 de mayo, en el salón María Zambrano del Círculo de Bellas Artes, Moneo volvió a debatir sobre las alternativas a su proyecto de ampliación del Prado. Lo hizo frente a algunas personalidades, como el ex director de la Pinacoteca, Alfonso Pérez Sánchez, y los arquitectos Pedro Navascués, Francisco Partearroyo y Ricardo Aroca, ex director de la Escuela de Arquitectura de la Politécnica de Madrid. Los asistentes vieron a un Moneo cansado, de apariencia triste y macilenta a quien hasta sus familiares y allegados aconsejan abandonar este despropósito. Sin embargo, el gallardo navarro porfió una vez más en la defensa de su cubo, ahora aligerado con una galería frontal para salir del paso. Al final lo único que Don Rafael dejó claro es que sigue sin entender que los promotores de su proyecto le han tomado el pelo. Que no basta con colocar unos pailillos en la chapucera maqueta del proyecto ampliatorio expuesta en el Museo y cuya contemplación es uno de los argumentos más contundentes en contra de tan disparatado proyecto. Que lo que debería denunciar de una vez nuestro genial arquitecto-



son las bases decimales que le tienen tan cruelmente cogido por sus partes más íntimas. Unas bases que impuso por su cuenta y riesgo el ingeniero de caminos y ex director del patronato Fernández Ordóñez

QEPD y que revistió como pudo —por el módico precio de 20 millones de pesetas— el arquitecto Fernández Alba, quien para variar también fue nombrado a dedo sin contar con nada ni con nadie. No se entiende por qué los sátrapas proponentes que manduquean tan a su antojo en la Pinacoteca —de los que honrosamente hay que excluir a los cinco miembros del Patronato que en el último pleno votaron en contra de la ampliación— no encargaron directamente la realización de las bases al propio Moneo, que es mucho mejor arquitecto, y se limitaron a tratar de cubrir el expediente con la triste pantomima del concurso de ideas que ni siquiera sirvió para vestir el santo. Probablemente porque los promotores del despropósito no han entendido aún que un museo no es un edificio más. Que no puede hacerse ningún proyecto arquitectónico sin tener un planteamiento museológico coherente. Algo de lo que carecen por completo quienes por una parte proponen como objetivo esencial de la ampliación la necesidad imperiosa de exponer en el mismo edificio los fondos que hoy permanecen sepultados en los sótanos del Museo, y por otro lado pretenden separar una parte de la obra de Velázquez para exponerla en lo que queda del antiguo Palacio que construyese el bueno del Conde Duque de Olivares para Felipe IV. Concretamente, en el llamado Salón de Reinos que aún acoge el Museo del Ejército. Lo más grave es que pretenden situar los cuadros de Don Diego a cinco metros del suelo argumentando que estaban así en el siglo XVII. Mis fuentes no han sabido aclararme si los bedeles y ujieres deberán ir vestidos de meninos ni si a los visitantes se nos permitirá llevar una escalera de mano. Tan brillante idea acaba sin embargo de tropezar con el obstáculo imprevisto de que, según parece, bajo el Salón de Reinos discurren varias corrientes de agua subterráneas que de entrada pueden acabar con el Casón del Buen Retiro. Es lo que pasa por vivir en un tranquilo desprecio de nuestra legislación sobre el Patrimonio artístico, de los permisos urbanísticos y de los estudios geológicos y, sobre todo, por ignorar que Felipe IV podía llegar en barca a los alledaños de su nuevo Palacio siguiendo el curso de la Fuente Castellana. Llegados a este punto los promotores de la ampliación deberían ahora tratar de salvar la cara imponiendo a Moneo la construcción de unos canales para poder organizar visitas fluviales a la Pinacoteca. De este modo en Madrid, nos quitaríamos la espina de no tener un gran río como en Londres o en París y podríamos aproximarnos a Venecia o a San Petersburgo. Sin contar con que Moneo tendría la oportunidad de lucirse de verdad. Así que no sé a qué esperan.

Bruno AGUILERA

BONO, DESOLADO

La maniobra de Bono para buscar que González le diera rápida tutela a su candidatura a la Secretaría General del PSOE (proponiendo en cenáculos la posibilidad de que el compañero Felipe aceptara una presidencia honorífica en su tándem) se tropezó de bruces con el monumental cabreo del ex líder, que le echó un rapapolvo a Bono y a todos los que se postulan para la candidatura socialista.

Ahora, Bono intenta digerir si él está entre los que se «autocalifican» o entre los que «descalifican» a los demás. Para lo que sí ha servido Bono en el PSOE es para recuperar una etiqueta socialista que había quedado preterida: la de socialcristiano. Parece ser

que es la ideología que enarbola el candidato castellano manchego, a falta de otra de que echar mano, y que ahora entra en pugna con los «socialistas de pata negra», o sea, los guerristas; con los «social liberales», antes «beautiful»; con la «Nueva Vía» y con la «Iniciativa por el cambio». Eso, sin contar a los federalistas asimétricos de Maragall, a Izquierda Socialista, a los restos del aparato, a Chaves que va de reina madre y a Rosa Díez, del grupo denominado «Rosa Díez». Con este panorama, es normal que González esté irritado. Lo que pasa es que son sus hijos, hechos a su imagen y semejanza.

Juan BRAVO

